

Simplemente

Salsa

Danza sin temor en
la fiesta de Dios



Prólogo de Kathi Macías

Janet Pérez Eckles

Todos los derechos reservados exclusivamente por la autora. Las garantías de la autora:
Todos los contenidos son originales y no infringen los derechos legales de ninguna persona o
el trabajo de la misma. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma
sin el permiso de la autora. © 2011

Simplemente
Salsa: Danza sin
temor en la fiesta
de Dios

Janet Perez
Eckles



¿Qué pasó con nuestros sueños?

Ante la adversidad, si Dios está en primer lugar,
el triunfo sustituye al temor.

¿Que Pasó? El conjunto de mariachis que tocaban en nuestros sueños han callado. La música que una vez disfrutamos ha perdido su ritmo. Y las malas noticias que resuenan en nuestro televisor solo se suman a nuestros problemas personales.

Nos sentamos en nuestras camas sin hacer con un papel de seda arrugado entre las manos y nos mordemos los labios. ¿Qué salió mal? Cuando niñas nos sentíamos destinadas a llevar vidas felices llenas de significado y éxito. Sin embargo, en el camino, el mundo trajo circunstancias imprevistas, dolores que estremecieron nuestros sentidos y angustias que nos dejaron insensibilizadas.

Good news. Tengo buenas noticias. Tengo una pista de lo que pasó. Todas compramos billetes que decían «Felicidad y

Éxito» y nos montamos en el tren. El único problema fue que nos olvidamos de los propósitos de Dios y trazamos la ruta según nuestra propia sabiduría, nuestras experiencias pasadas y nuestras expectativas. Y con corazones que estallaban con expectativas, reservamos asientos junto a las ventanillas, esperando que cuando se detuviera el tren, nos esperara la dulce felicidad envuelta en prosperidad y paz, como los besos de nuestra *grandmother* cuando la visitábamos.

Antes, solía estar en ese tren, dando tumbos en el asiento mientras andaba el tren. Entonces, sin advertencia ni preparación, un cambio en la ruta hizo que mi tren se detuviera chirriando los frenos. ¡Cielos! Paró de un modo tan repentino y violento que me lanzó por la ventanilla. Y allí estaba yo... quebrantada, perdida, confundida y hundiéndome en una charco de autocompasión. La ceguera física, la infidelidad, el asesinato de mi hijo y la absolución del que lo mató... tragedias que se amontonaron unas sobre otras en mi propio accidente personal de tren.

My God!, le grité a Dios preguntándome si me escuchaba, dudando de la presencia del Espíritu. Y en ese momento llegó el temor. Ya no celebraba la vida, no quedaba nada de gozo, no más *parties* con amigos y familiares. El miedo tomó las riendas.

No merecía esto. Sentía que la vida me había fallado en forma lamentable, y me hedía a podrido. Siempre había sido una persona buena, había obedecido las reglas, había llevado mi perro al veterinario y hasta había regresado los libros a la biblioteca a tiempo. *What happened?* ¿Qué pasó?

Tal vez te hayas hecho esa misma pregunta. Seas quien seas, te apuesto que has experimentado el pánico. Todos lo sentimos en algún momento u otro cuando la vida se vuelve un desastre. La confusión y el temor al mañana nos dejan sin rumbo, y sentimos que nuestros sueños se derriten como helados de chocolate en el verano. Además, tengo la sensación de que nuestro problema principal no tiene nada que ver con unos kilos adicionales, ni con la falta de dinero, ni una gran desilusión, ni ninguna otra circunstancia.

Friend, es hora de resolver esto. Búscate una taza de café con leche y hablemos de esos momentos en que hemos terminado en la vía del tren de la decepción mientras que el temor se burla de nosotras. Sé que has estado ahí; todas lo hemos sentido. Y aunque las cicatrices de mis dificultades se pueden ver si miras de cerca, he descubierto el secreto, el lugar de esperanza, la seguridad que anhelamos todas... pero no en los conceptos con los que crecimos. Lo hallé en la Palabra de Dios, la Santa Biblia. Con una sencillez que alivia el alma, Dios revela las soluciones, no por el cambio de nuestra situación, sino por la transformación de nuestro corazón.

Girl, por ahora, baja el volumen de esa música de salsa, aguántate el sombrero y acomódate bien en ese sillón acolchonado. Vamos a descubrir qué hacer con los planes rotos y los sueños que se esfuman. No importa dónde estés, aun si tu mundo este repleto de pruebas, Dios promete revelar los secretos del éxito, de una vida llena de propósito, satisfacción y confianza. Dios nos mostrará cómo movernos desde una vida llena de temor a una vida llena de fe.

No solo las cosas dulces

Mi lección comenzó cuando me fui de Bolivia y aterricé en los Estados Unidos. Cuando tenía doce años, mi madre, mi hermano de once años y yo estábamos de pie frente a nuestro hogar en La Paz junto a un viejo taxi. Con dedos arrugados, mi abuela aguantaba un pañuelo blanco y sollozaba con mami. «¿Me escribirás tan pronto llegues?».

Mami asintió con la cabeza, y los ojos también brillaron con las lágrimas. Con brazos frágiles, mi abuela me dio un fuerte abrazo y sus lágrimas se mezclaron con las mías. Aspiré su viejo perfume mientras picoteaba mis mejillas con besos.

El corazón me dolía al separarme de mi abuela, la abuela que me calmaba con sus cuentos y su lectura de las *Fábulas de*

Esopo. Recordé la manera en que, con un rosario en la mano, nos llamaba a arrodillarnos a rezar con ella. Sus palabras siempre fueron tiernas, y su amor era como la brisa suave y cálida de una tarde en La Paz. Y ahora teníamos que dejarla... ¿y para qué? Para dirigirnos hacia los Estados Unidos de América, el país donde la gente dice que nuestros sueños se hacen realidad. Por eso es que *daddy* había trabajado por cuatro años para juntar el montón de documentos que exigía los Estados Unidos. Por eso es que había soportado muchos meses de estar separado de nosotros. Todo era para que pudiera ir a prepararnos un hogar en esta nueva tierra.

Mi hermano y yo estábamos sentados a ambos lados de nuestra mami en el roto asiento trasero del taxi. Yo miraba por la ventanilla hacia el parque infantil del barrio, donde las malas hierbas crecían entre las piedras y la tierra. El columpio desgastado se movía de un lado para otro como si se estuviera despidiendo de mí, y el tobogán de metal, liso en el centro y con manchas de óxido por los costados, me parpadeaba débilmente en el sol de la tarde. La condición lamentable del parque testificaba de su uso constante y falta de cuidado. Aun así, ese era mi hogar, mi barrio conocido y cómodo.

Las casas y las calles estrechas y sucias de mi niñez desaparecieron cuando el taxi dobló en la esquina para dirigirse hacia el aeropuerto de La Paz. Con el dorso de la mano, me limpié las lágrimas mientras mami me acariciaba el brazo y me aseguraba: «De veras te va a gustar nuestro nuevo hogar».

Cuando nos subimos al avión y este despegó, el pequeño avión se estremecía y bajaba en picada, por lo que mi hermano se sintió mal del estómago. Yo estaba sentada a su lado, tragándome una mezcla de angustia, temor y aprensión.

El avión aterrizó en un enorme aeropuerto en Miami, un nombre que nos parecía gracioso en ese momento. Arrastramos nuestro equipaje al mostrador para que lo examinaran. Un hombre alto y de piel clara, el más alto que yo había visto, nos sacó la ropa de las maletas. Con una mirada severa, agarró una

bolsa de plástico de *chuño*, la levantó en el aire, y luego le dio vueltas para ver su contenido. Arrugando la nariz, lo echó en la basura. Hizo lo mismo con las especias que mami había escondido en un rincón de su maleta. Estos fueron los primeros de una gran variedad de artículos que tuvimos que desechar de la vida que conocíamos.

Ahora, cuatro décadas después, entiendo por qué Dios me sacó de lo conocido y cómodo. El Señor tenía planes para mí. ¡Pero caramba! La jornada no ha sido muy fácil. Por razones que desconozco, junto con muchos momentos dulces, el plan de Dios incluyó algunos episodios que nos dolieron.

¿Te ha hecho lo mismo a ti el Señor? ¿Te has visto arrancada de las circunstancias conocidas y cómodas que nunca hubieras querido soltar? Ahí estás, confundida porque nunca concebiste que las cosas pudieran salir así. ¿Por qué permitiría Dios que tanta fealdad tocara tu vida? ¿Cómo puede un Dios amante y bueno planear todo esto para ti? Estas son preguntas esenciales para las mujeres de fe de hoy, así como lo fueron para las mujeres en los tiempos bíblicos.

Pero hay una razón

Rut supo lo que era enfrentar circunstancias muy diferentes a lo que había esperado y planeado. ¿Recuerdas a Rut? Es la señora que se quedó de repente sin esposo. Sin duda, conocía el dolor. Debió haberse sentido sola y temerosa del futuro. Sin embargo, hizo algo que la mayoría de nosotras no hubiera considerado.

Nota al lector:

Te invito leer el resto de “Simplemente Salsa.” Lo encontrarás aquí:

<http://ow.ly/IRHqM>